

Las aportaciones de la medicina árabe a la neumología (siglos VIII-XIII)

J. Sauret

Departamento de Neumología. Hospital de la Santa Creu i Sant Pau. Barcelona.

"No se consentirá que nadie se las dé de maestro en cosas que no hace bien, particularmente en el arte médico, que puede poner en peligro la vida, y el error médico la tierra lo tapa."

Del Tratado de Ibn-Abdun (siglo XII)

La asombrosa expansión del Islam entre los siglos VII y VIII desde el océano Índico hasta el Atlántico, como consecuencia de la rápida conquista y subyugación del Imperio Persa, parte del Imperio Bizantino, Siria, Egipto, Cirenaica, la franja mediterránea de la Ifrikyya y la España visigoda, supuso para los vencedores un inmenso botín de riquezas materiales y el brusco enfrentamiento a otras tradiciones y conocimientos milenarios.

Lejos de aniquilar el valioso patrimonio cultural de estos pueblos, los nuevos gobernantes tuvieron la sabiduría de absorberlo y adaptarlo a su propia cultura y a sus principios religiosos mediante un extraordinario trabajo de traducción de los textos clásicos a la lengua árabe, efectuado durante el primer siglo de dominación abasí (750-852).

En el ámbito de la medicina, al conquistar Siria se encontraron con numerosas obras de Hipócrates, Aristóteles, Galeno, etc., que eruditos nestorianos, expulsados por herejes de Bizancio, habían transcrito a la lengua siríaca. La cuidadosa traducción de estos libros al árabe enriqueció considerablemente sus conocimientos médicos, y resultó providencial para salvar muchos documentos originales destruidos por la barbarie que asoló al antiguo Imperio Romano.

De todas formas, no sería justo considerar a los árabes como unos simples traductores del legado occi-

dental. Fueron grandes estudiosos de la botánica y utilizaron muchos medicamentos de origen vegetal desconocidos en el mundo cristiano. Tuvieron un considerable protagonismo en el desarrollo de la alquimia, como lo demuestra el origen árabe de los términos: elixir (*al-iksir*), jarabe (*šarāb*, bebida), alcohol, álcali, alambique, y de la misma alquimia (*al-kimiya*), entre otros. Además, en el aspecto profesional, algunos médicos alcanzaron fama y renombre dentro y fuera de las fronteras del mundo musulmán; y al igual que sus contemporáneos occidentales cultivaron no sólo la medicina, sino también otras muchas ciencias y artes como matemáticas, astronomía, filosofía y música, a la que otorgaban propiedades curativas en algunas enfermedades. El laúd árabe constaba de cuatro cuerdas pintadas en cuatro colores: amarillo, rojo, blanco y negro, en representación de los cuatro humores hipocráticos (bilis, sangre, pituita y atrabilis). En el siglo IX el músico de origen persa Ziryab, al que algunos consideran el iniciador del flamenco andaluz, añadió una quinta cuerda, también de color rojo, que simbolizaba la respiración, entendiéndose como tal no sólo el proceso fisiológico externo sino, además, el aliento vital interno que mantiene el equilibrio de los humores. Analicemos ahora cuáles fueron sus conocimientos en lo que respecta al diagnóstico y tratamiento de las enfermedades respiratorias.

En el siglo IX destacó Abū Bekb Mohamed Ibn Zakariā Al Razi, más conocido como Rhazes. Hipocrático convencido fue el autor de una obra enciclopédica: el *Kitab Al-Havi*, traducida en parte al latín y denominada vulgarmente el Continente (*Liber totium continens*), de gran influencia durante todo el Renacimiento; y del *Liber Medicinalis Almansoris*, dedicado a Al-Mansur o Almanzor (personaje del mismo nombre que el político y guerrero de Al-Andalus), quien no se lo agradeció mucho pues parece ser que el gran médico perdió la vista como consecuencia de una catarata traumática producida por el príncipe al arrojarle a la cara, enojado por las incumplidas promesas de conseguirle oro, un libro de alquimia. Rhazes se negó a ser operado, pese a que los oftalmólogos árabes eran grandes expertos en la cirugía de la catarata, respondiendo estoicamente que ya había visto bastan-

Correspondencia: Dr. J. Sauret.
Departamento de Neumología. Hospital de la Santa Creu i Sant Pau.
Sant Antoni M.ª Claret, 167. 08025 Barcelona.

Recibido: 3-3-95; aceptado para su publicación: 6-6-95.



tes cosas en el mundo. Su mayor contribución en el ámbito respiratorio posiblemente sea el descubrimiento de la rama laríngea del nervio recurrente.

Otro famoso médico árabe de la antigüedad: Avicena (Abû Alî al-Hussein-ibn Abdallâh ibn Sinna. 980-1037), tuvo una vida intensa y agitada, semejante en cierta manera a la de Galeno y Paracelso. Su obra más notable, el *Canon*, con innumerables traducciones, fue el libro de medicina más consultado hasta bien entrado el siglo XVII. La mayor prueba de su prestigio es que todavía perduran algunos viejos refranes y sentencias populares que le hacen alusión, como por ejemplo aquel que dice: "...más mató la cena, que curó Avicena".

Hizo un notable análisis clínico del empiema y de la pleuresía, en la que distinguía cinco signos básicos: fiebre, dolor en punta de costado, disnea, taquicardia y tos. Intuyó el contagio de la tisis o consunción pulmonar (aunque en este aspecto se le adelantaron Aristóteles y Galeno), en la que distinguía tres fases consecutivas: preinflamación, úlcera tórpida y caverna. En el tratamiento recomienda administrar grandes cantidades de *djelendjabin*, o elixir azucarado de pétalos de rosas, pues lo consideraba un verdadero específico, como se desprende de la siguiente observación:

"[...] Después de largo tiempo de consunción, la enferma tísica sintió la proximidad de la muerte e hizo llamar a los que debían preparar los funerales; pero su hermano, que no se separaba de la cabecera del lecho, la curó mediante el uso prolongado del azúcar de rosas, recuperando el peso y el buen aspecto. ¡No se puede saber la cantidad de zumo de rosas que ella llegó a tomar!"

El auge del califato de Córdoba iniciado con Abd Al-Rahman III (891-961) convirtió a la ciudad andaluza en el más importante centro político y cultural de la época. Córdoba llegó a tener 500.000 habitantes distribuidos en 28 barriadas, 300 baños públicos, 3.000 mezquitas, una biblioteca con 400.000 volúmenes y la primera escuela de medicina de Europa; por lo que ha sido considerada la Atenas del islamismo. Abd Al-Rahman, el artífice de esa maravilla que fue Medinat Al-Zahra (el Versalles musulmán), con sus 4.300 columnas de mármoles y jaspes, salones con techos de oro, puertas de ébano y fuentes de mercurio, se comportó como un gran mecenas de las ciencias y las artes. En este privilegiado entorno floreció la refinada cultura hispano-árabe, y dentro de ella la medicina. Una prueba del interés del califa por las ciencias médicas es que al recibir del emperador de Bizancio, Constantino VII, un valioso obsequio tal que una copia ilustrada de la *Materia médica* de Dioscórides, ordenó al médico judío Hasday ben Saprut traducirlo inmediatamente, para lo cual contó con la ayuda de todo un equipo de expertos que recorrió el país para buscar las plantas descritas y añadir las que no constaban en el texto original.

Entre los médicos ilustres hay que mencionar en primer término, y por orden cronológico, al granadino Ibn Habib (790-853) autor de un *Compendio de Medj-*

cina (Mujtasar fi I-tibb), en el que intuye la relación etiológica del asma con determinadas plantas:

"Quien padezca asma que triture un poco de alharma, la espolvoree *sobre la hierba que produce la enfermedad*, ponga esto a cocer con carne de carnero y luego se beba este caldo."

Abul-Casim o Abul-Casis (muerto en el 1013) destacó como hábil cirujano. Aconsejaba realizar experiencias en animales como fase previa a las operaciones en el hombre, y practicó en algunos casos la traqueotomía; pero siempre con la prudente medida de hacerla antes muchas veces en cabras, hasta adquirir experiencia y estar seguro de que los animales no morían. Las inflamaciones pulmonares, incluida la tisis, las trataba con cauterizaciones torácicas, por debajo de las clavículas, con un cauterio especial de tres brazos diseñado por él.

El sevillano Abulal Zuhr fue el primero en describir el neumotórax espontáneo. Su hijo Abd Ben Zohr, o Avenzoar (1091-1161), maestro de Averroes, estudió las enfermedades del corazón y del mediastino y se le considera pionero del cateterismo en las estenosis esofágicas.

Posiblemente la obra más conocida y más famosa de la medicina árabe, en relación con la neumología, sea el *Discurso sobre el asma (Maqâla fi al-rabw)* del cordobés Moisés Maimónides (1135-1205). Este extraordinario filósofo y erudito se vio obligado a abandonar su ciudad natal a los catorce años por negarse a abjurar del judaísmo ante la intolerancia almohade. Tras diversas peripecias se instaló en El Cairo y comenzó a estudiar medicina a los treinta y un años de edad, progresando de manera tan rápida que en el 1187 Saladino, a instancias de su visir Al-Fadil, lo nombró médico de la corte, e incluso Ricardo Corazón de León, rey de Inglaterra, intentó sin éxito que fuera su médico personal. El primogénito del sultán padecía de asma y melancolía y la obra fue escrita pensando en su curación.

El libro consta de trece capítulos destinados a considerar los diferentes aspectos de la enfermedad. Al juzgar el contenido hay que tener en cuenta que en los tiempos de Maimónides el concepto de asma era muy distinto al actual, ya que bajo esta denominación se incluía cualquier tipo de disnea o dificultad respiratoria e incluso el dolor torácico.

Comienza con una crítica a los médicos que no aconsejan las adecuadas medidas higienicodietéticas a sus pacientes. Estas medidas consisten en evitar los excesos sexuales y recomendar una alimentación racional y equilibrada. En consecuencia, efectúa una detallada revisión de los alimentos más populares en Egipto y Al-Andalus: "nuestro país del Oeste", y da normas sobre la elaboración e indicaciones de cada uno de ellos, mostrándose tan entusiasta de la sopa de pollo que incluso la llega a utilizar en el ataque agudo de asma. Maimónides concede también gran importancia a la terapéutica física en forma de paseos, baños, masajes y regulación del sueño.



En el tratamiento introduce algunos aspectos novedosos; como por ejemplo que ha de ser individualizado, teniendo en cuenta en cada caso la edad, constitución y hábitos del enfermo, así como la estación y el clima del lugar de residencia. Otra innovación consiste en considerar por primera vez el asma como enfermedad psicosomática, en la que determinadas alteraciones emocionales pueden traducirse en trastornos orgánicos. En lo que respecta a los medicamentos, recomienda la purificación del aire inspirado por medio de fumigaciones de hierbas aromáticas, jarabes sedantes de la tos, eméticos y sólo en casos excepcionales los opiáceos. El último capítulo está destinado a los aforismos en relación con la enfermedad y a la discusión de algunos casos clínicos.

Aunque Areteo de Capadocia en el siglo I d. J.C. ya había efectuado una minuciosa descripción clínica de la enfermedad, el *Discurso sobre el asma* de Maimónides tiene el indiscutible mérito de ser el primer tratado monográfico conocido.

Un último personaje, también muy interesante, es el sirio Alâ al-Din Ibn al-Nafîs (1208-1289) a quien se atribuye la primera descripción de la circulación pulmonar. Los médicos árabes, al igual que los cristianos, influenciados por las erróneas teorías fisiológicas sobre la circulación de Galeno, creían que las cavidades cardíacas derechas e izquierdas comunicaban entre sí, y que la sangre pasaba libremente del ventrículo derecho al izquierdo. Ibn al-Nafîs, basándose en estudios anatómicos de animales (las disecciones humanas estaban prohibidas a los musulmanes) demostró que el tabique interventricular es compacto y no tiene orificios o poros permeables opinando, en contra de las ideas de Galeno y Avicena, que los pulmones no se nutren de la arteria venosa (arteria pulmonar) siendo

la misión de este vaso llevar la sangre del corazón para que se purifique; y que la cavidad izquierda (aurícula) contiene la sangre que le llega a los pulmones por las venas pulmonares. Las obras de Ibn al-Nafîs fueron traducidas al latín por Andrea Alpago y publicadas en Venecia en 1547, por lo que se ha sugerido que pudieron haber sido conocidas por Miguel Servet influyendo en su hipótesis sobre la circulación menor.

Del análisis de los hechos reseñados se desprende que los árabes jugaron un papel importante en el progreso de la medicina, que no se limitó al ya de por sí meritorio aspecto de recoger y transmitir la herencia cultural grecorromana, y que contribuyeron con valiosas y originales aportaciones al desarrollo de la neumología.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

- Álvarez de Morales C, Girón Irueste F. *Mujtasar fi l-tibb* (El compendio de medicina de Ibn-Habib). Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto de cooperación con el mundo Árabe. Madrid, 1992.
- Arnáldez R, Massignon L, Youschkevitch AP. *La Ciencia Árabe*. En: Taton R, editor. *Historia General de las Ciencias*. Barcelona: Ed. Destino, 1971; Vol. I: 541-564.
- Burckhardt T. *La civilización hispano-árabe* (5.ª ed.). Madrid: Alianza Universidad, 1985.
- Castiglioni A. *Historia de la Medicina*. Barcelona: Salvat Ed. 1941.
- Daímá J. *Los árabes y la Medicina. Aspectos históricos y culturales*. Buenos Aires: Ed. Médica Panamericana, 1964.
- García Gómez E, Levi-Provençal E. *Sevilla a comienzos del siglo XII. El tratado de Ibn-Abdun*. Biblioteca de temas sevillanos. Sevilla, 1981.
- Heschel AJ. *Maimónides*. Barcelona: Muchnik Ed. 1984.
- Muntner S. *Maimonides Treatise on Asthma*. *Dis Chest* 1968; 54: 129-132.
- Rosner F. *Moses Maimonides Treatise on Asthma*. *Thorax* 1981; 36: 245-251.